



# Dr. Horacio Scarpa, el médico tranquilo

Por *Guisela Masarik*

**Un médico afable y talentoso que dirigió hospitales en yacimientos petroleros, como Plaza Huincul y Caleta Olivia, adonde llegó cuando todo estaba por hacerse**

**H**ay historias de vida que describen encadenamientos de episodios grandiosos y rutilantes. Hay otras en las que el personaje alcanza un éxito desconcertante por casualidad. Y también hay historias, como la que aquí se relata, que reflejan el camino de personas tranquilas, perspicaces y coherentes, que llegaron donde debían simplemente por haber hecho bien su trabajo.

Si para los hombres del petróleo y del gas las circunstancias laborales difíciles son moneda corriente, cuando se trata de los médicos que mantenían vivos a todos estos operarios en tiempos en que aún no había facilidades, el trabajo era todavía más arduo. Para ellos, los episodios rutilantes consistían en curar a quienes acampaban en medio de la nada, en circunstancias de frío o de calor extremos, con los instrumentos que tuvieran a disposición. También tenían que lidiar con el carácter reservado de los habitantes locales, quienes recién iban al hospital cuando se encontraban en una etapa avanzada de la afección.

Lo sabe bien el doctor Horacio Scarpa, médico y director de los hospitales de YPF en Plaza Huincul, Caleta Olivia, Cuyo y Vespucio desde 1960 hasta 1991. Como tal, fue testigo privilegiado de la evolución de la sanidad paralela al progreso de la industria de hidrocarburos del país.

## Generosidad y bilocación

Horacio Scarpa nació en Buenos Aires el 7 de abril de 1931. Llegó a médico clínico con naturalidad. En su consagración de elecciones, no había otras alternativas, aunque ni su padre, un constructor que murió temprano, ni su madre, un ama de casa de Capitán Sarmiento, tuvieran mucho que ver con ello.

Quizás tuvo más influencia aquel profesor de Biología del Colegio Nacional N.º 5 Bartolomé Mitre, un traumatólogo del Hospital de Clínicas cuyo carisma bastó para que Scarpa quisiera parecersele. La determinación fue lo suficientemente fuerte como para terminar el secundario de noche y, además, trabajar.

Como todos, pasó por una serie de empleos corrientes: cadete de perfumerías, de las grandes tiendas Gath y Chaves, y administrativo de la Franco Argentina Capitalización. En todos, se destacó por una voluntad de aprender que no pasaba inadvertida para sus superiores, sobre todo en “La Franco”, donde fue adquiriendo cada vez más responsabilidades. A cambio, sus jefes le facilitaban los horarios y las tareas para que pudiera estudiar, y hasta le tomaban la lección si tenía examen.

Scarpa recuerda este acto sencillo, pero de gran generosidad, de camaradería y gentileza de sus compañeros de trabajo y lo considera un factor clave para realizar tareas en otras etapas de su vida profesional. Según sus amigos, nadie podía resistirse a su afabilidad, inteligencia y risa contagiosa a la hora de ayudarlo. El apoyo de sus jefes siguió adelante cuando comenzó la carrera de Medicina en la Universidad de Buenos Aires y tenía que llegar temprano, en tiempos en que las aulas se cerraban a los cinco minutos de haber comenzado la clase y quienes no estaban presentes se quedaban afuera.

En esos años, Scarpa descubrió que la bilocación sí existía; de lo contrario, no se explica cómo llegó a buen puerto con todo: estudiar, trabajar y hacer el servicio militar. Sin embargo, en determinado momento, tuvo que dejar el empleo para poder acabar la carrera. “En esos casos, se vive de lo que se puede, incluso de ofrecer piedras de afilar puerta a puerta...” recuerda Scarpa. El fin justificaba los medios.

## Deslumbrante Plaza Huincul

El estudiante destacado ya estaba en camino, pero la inserción laboral no era fácil.

La oportunidad llegó un día de Todos los Muertos, en



La enfermería

1954, en que su familia había viajado al pueblo materno para honrar a los propios. Scarpa pintaba el cielorraso del consultorio de su hermano cuando vio, en una revista olvidada por algún paciente, un aviso providencial: la fábrica Sudantex pedía un enfermero para el turno de noche.

Su paso por esta empresa de 3500 personas, así como su experiencia en el Hospital Alvear de Paternal (tener varios trabajos y estudiar simultáneamente ya era un modo de vida) le dieron la experiencia necesaria que convenció a YPF, unos años más tarde, de enrolarlo en sus filas.

Apenas se graduó, en 1958, Horacio Scarpa se presentó en la sede central. Se lo tuvo en cuenta para el yacimiento neuquino de Plaza Huincul. En efecto, el área producía desde principios de siglo, pero había repuntado considerablemente desde los años cuarenta tras el descubrimiento de Challacó y, luego, de Cerro Bandera y Catriel. El campamento inicial ya era pueblo, y tenía nuevo hospital.

Para el Dr. Scarpa, que no había salido de Buenos Aires más que en dos oportunidades para ir a Mar del Plata, era un cambio radical. Parpadeó un par de veces, pidió licencia en Sudantex y paciencia a su novia, Élidea, y se encaminó al sur.

Enseguida lo deslumbró lo que deslumbraba en aquellas épocas: un lugar donde todo era posible, donde todo estaba por hacerse y donde había medios para ello. “La decisión de quedarme fue casi inmediata –recuerda–. En Huincul, se podía estar cerca de los enfermos, no había limitaciones para atenderlos, la salud era una prioridad”.

Para un médico clínico como Scarpa, lo más parecido a la felicidad era poder mandar a hacer todas las placas y análisis necesarios hasta dar con el problema del enfermo, “no como en la ciudad”. Su destino de médico de yacimientos acababa de empezar.

## Integral

Quienes lo conocen de siempre lo califican como un “médico integral: de los que te estrechaban la mano para saludarte y se daban cuenta de que tenías una afección al hígado por quién sabe qué cosa que te veía”, cuenta uno de sus camaradas de entonces. El comentario justifica su elección de medicina clínica: aunque le interesaban la cardiología, la psiquiatría o la gastroenterología, prefirió no dejar nada afuera y optó por la persona entera.

Su novia se embarcó en la aventura de ir a un sitio desconocido, como ocurría en aquellas épocas: una boda



El servicio de ambulancias



El Dr. Scarpa

rápida, la compra de muebles en una semana, una breve luna de miel en Montevideo y el regreso a Plaza Huinul. Viajaron en el tren “zapalero”, en esos viajes que necesitaban transbordo y una esposa que no lo fulminara a uno con la mirada por tener que subir y bajar todo a pulso.

El campamento bullía de actividad, aunque faltaba mucho. Aún no estaban asfaltadas todas las calles; y, hasta el año anterior, no había tendido de agua. A las diez de la noche, se cortaba la luz, y el único teléfono para llamadas de larga distancia tenía demoras de ocho horas. Sin embargo, la infraestructura del hospital era sorprendente. El edificio, de apenas siete años, tenía una superficie de 4800 m<sup>2</sup>.

Scarpa comenzó como médico asistencial, clínico y fisiólogo. Hacía guardias “de mil horas”, recuerda. Al poco tiempo, fue nombrado Primer Secretario Técnico. No se proponía hacer carrera, pero su capacidad era evidente, motivo por el cual a nadie le sorprendió que, en pocos años, fuera nombrado director del hospital.

“Se formó un excelente grupo de profesionales; en esos años, contrataron a todo el equipo médico”, dijo. Recuerda al Dr. Carlos Giordano, Ramón Araujo, José Hohe, al bioquímico Heraclio Córdova, al Dr. Violante y al experto anestesiólogo Tito Ismyteff. El nivel de actividad crecía; y, a lo usual –partos, internaciones, dentistas, traumatología–, se sumaron las operaciones complejas. A todo se animaba aquel equipo memorable: desde cirugías de tórax hasta la primera diálisis peritoneal practicada en la provincia a una mujer con hemorragias imparables e insuficiencia renal.

El caso de esta mujer llegó a la prensa nacional: se la quiso evacuar en avión, pero el mal tiempo obligó a la nave a regresar a Plaza Huinul, y allí se le efectuó esta diálisis novedosa que la curó. El diagnóstico había sido sumamente complejo; pero, una vez más, el buen ojo clínico de Scarpa y de su equipo fue certero.

Por aquellos años, también les tocó ocuparse de una tragedia recordada por muchos en la cual una treintena

de operarios murió al incendiarse el colectivo donde viajaban, en una picada cercana a Catriel. “Alguien subió un bidón de nafta y lo dejó junto a la puerta; en algún barquinazo, comenzó el fuego”, explicó. El rescate de los cadáveres fue atroz.

Los años pasaron. El carácter afable del médico y su buen talante en las visitas a domicilio, con la atención siempre dispuesta para escuchar, le granjearon no pocas solicitudes de las familias locales para que apadrinara a sus hijos. Recibía manualidades de las abuelas asmáticas, agradecimientos de los vecinos cuando les curaba las mascotas y, en una oportunidad, tras ayudar a unos vecinos a encontrar una vaca perdida en la niebla, le obsequiaron gallinas y chivitos recién carneados.

De entre las anécdotas más graciosas que recuerda Scarpa, se encuentra aquella de algunos “viejos” de los pozos que mentían a sus familias sobre las fechas de sus francos, ya que tenían una familia paralela. También sobresale la del servicio sanitario, con carné de salud y todo, de las trabajadoras de cierta casa de alterne a las que revisaba de las “enfermedades sociales” de la época. “Cuando esa casa cerró, se notó un repunte de estas enfermedades”, reflexiona el médico.

## Buenos Aires

Su administración se destacó por los logros conseguidos, como el desarrollo de la escuela local de enfermeras de la Cruz Roja, que también se abrió en Caleta Olivia (hace poco, esas enfermeras lograron que se lo entrevistara por una radio neuquina) y los ateneos a los que asistían importantes especialistas de todo el país para comentar casos, intercambiar experiencias y visitar trece hospitales zonales; incluso realizaban cirugías complejas.

Así fue que su nombre, siempre sin proponérselo, re-



El recordado hall central del hospital

sonó para ser designado director del yacimiento de Santa Cruz norte: la zona de Caleta Oliva y Las Heras, a 150 km de cualquier otro hospital.

Tiempo después, volvió a Plaza Huin cul como director del hospital, pero la alegría de sus pacientes y amigos duró poco: fue requerido en el Policlínico de Buenos Aires y, de allí, ya no lo dejaron marchar. Sus posgrados en Administración Hospitalaria y Medicina del Trabajo fueron cruciales para su posterior desempeño.

Los Scarpa dejaban atrás yacimientos pujantes. “El Policlínico de Plaza Huin cul atiende a unas 20.000 personas entre agentes y familiares, está preparado para medicina preventiva en todas las especialidades, con salas de neumonología, pediatría, partos, *nursery*, dos electrocardiógrafos, tres equipos de rayos X, unidades dentales, unidades de terapia intensiva, laboratorio de análisis clínicos, farmacia, consultorios externos y una capacidad para internar a 106 personas...”, se leía en un folleto del campamento firmado en 1976 por el administrador Ing. Carlos Layún.

Durante los veinte años siguientes, Scarpa ejerció



Las enfermeras del hospital Plaza Huin cul

como Secretario Técnico del Policlínico de Buenos Aires y como Jefe de Sanidad en Medicina Laboral. En el medio, fue director interino en Cuyo y en Vespucio. Se trataba de esos cargos que se sabía cuándo empezaban, pero nunca cuándo acababan. “El de Vespucio fue todo un verano que me dejó con los pasajes a Mar del Plata”, recuerda.

En los noventa, YPF sufrió grandes cambios. Scarpa optó por Puerto Nuevo, donde se desempeñó como jefe de la unidad sanitaria hasta 1991; entonces, tras treinta y un años en la empresa, se retiró. Podría contarse cómo, para continuar tratando pacientes, se encargó del área de salud de Transportadora de Gas del Sur por varios años más. Pero ese es otro capítulo.

Hoy ya ha dejado también la consulta privada y sigue la vida tranquila con su esposa. Quienes se resisten a abandonar su pericia son sus familiares y amigos, quienes siguen confiando en su diagnóstico impecable y certero, incluso por teléfono, desde otros continentes. “Su talento sigue intacto”, aseguran sus camaradas. Y Scarpa se ríe, como siempre.

¿Qué valora de aquellos tiempos? “La vida a escala humana, la sensación de que, aun en medio de guardias atroces y de estar lejos de todo, había un modo de trabajar, un compañerismo y una estructura como no he vuelto a ver en otros sitios”. Una época en que lo más importante era la salud, así, en general. ■



Scarpa y su esposa Éli da